

3

SANTIAGO ARGÜELLO

SANTIAGO ARGUELLO

(León: 6 de noviembre de 1871 — Managua: 4 de julio de 1940)

En ausencia de Darío, tanto en vida como en muerte, Santiago Argüello constituyó el centro del modernismo en Nicaragua; consagraba y desautorizaba, los jóvenes lo llamaban Maestro, dirigía las principales revistas y colaboraba en casi todas. Y además fue uno de nuestros pocos autores que alcanzó cierta fama en el mundo exterior de aquella hora; la mayoría de los intelectuales renombrados de Europa y América se ocuparon de su producción y personalidad, entre ellos, Emilia Pardo Bazán, Francisco Villaespesa, Paolo Buzzi, Max Nordau, Johan Fanstenrath, José Juan Tablada, Rafael Arévalo Martínez, Mario Sancho, José María Vargas Vila, Rufino Blanco-Fombona, José Enrique Rodó, el mismo Darío y los hermanos Henríquez Ureña. Precisamente, por ser uno de nuestros primeros modernistas y significar el centro de este modernismo, padeció sus virtudes y defectos y, posteriormente, el escarnio de la vanguardia. Por eso ha permanecido subestimado y a veces hasta por razones extraliterarias, como son su soberbia y pedantería, y aguardando un objetivo recuento y valoración que bien merece. Santiago Argüello cursó la primaria en escuelas privadas de León; se bachilleró en el Instituto Nacional de Occidente en 1887 y se doctoró en Derecho en la Universidad de Nicaragua el 14 de enero de 1894. Ya graduado, hizo a un lado las leyes y se dedicó a la docencia y las letras con gran fortuna: impartió clases de literatura, filosofía, gramática e historia en diversos centros, y dirigió los Institutos de Masaya (¿1900?), Managua (1918) y Occidente (¿1905?). En 1897 apareció su libro de poemas, *Primeras ráfagas*, que por su título recuerda al Darío de *Primeras notas*; en 1899, *Siluetas literarias*, que por su temática evoca también a *Los raros* franceses de Darío. En 1900, imprimieron *De tierra cálida*, poemario que en 1909 tuvo segunda edición en

Madrid. En 1904 circuló *El poema de la locura*, y el 3 de febrero de 1906, en medio de un escándalo por parte del clero y del pueblo, la compañía de Teófilo Leal estrenó en el Teatro Municipal de León su drama en tres actos, *Ocaso*. Cuando en 1907 Darío visitó Nicaragua, Santiago Argüello le dijo el discurso de bienvenida y Darío le respondió con un elogio y ambos se confundieron en la ovación. En 1908 editó en París, *Ojo y alma*, con prólogo de José María Vargas Vila, y ese año dirigió en Nicaragua uno de los órganos de divulgación modernista más importante, *La Torre de Marfil*. En 1910 retomó las leyes y se lanzó en pleno al terreno político: fue diputado y dirigió el *Diario Oficial*, y viajó a Costa Rica, de donde fue expulsado, a Honduras y Europa. Este mismo año estuvo en México en calidad de secretario de Darío, que llevaba la representación nicaragüense a las fiestas del Primer Centenario del Grito de Dolores. En 1914, después de algunas reediciones de sus obras y de desempeñar cargos diplomáticos a nombre de varios países de América, regresó a Nicaragua y en 1917 ganó una senaduría por León. Al año siguiente escribió *Canto la misión divina de la Francia*. Hacia 1920, luego de fundar logias teosóficas y revistas para la difusión de estas doctrinas, salió rumbo a Europa: Francia, Italia y España. De vuelta a América, visitó Cuba y Nueva York. Llega a Nicaragua y retorna a Cuba. Aquí se radica casi por una década: estudia y escribe filosofía, predica en las cárceles y la Académica Cubana de la Lengua lo designa miembro honorario. En 1932 se traslada a Guatemala, donde dicta conferencias y cátedras, y el presidente Jorge Ubico ordena que se editen en la Tipografía Nacional sus obras que alcanzan 12 tomos. En 1939 regresa definitivamente a Nicaragua, pues un año más tarde, el 4 de julio de 1940, mientras desempeñaba el Ministerio de Educación Pública, falleció en Managua y fue sepultado en León.

BIBLIOGRAFIA

Libros de poesía: *Primeras ráfagas*. León, Tipografía J. C. Gardián, 1897; *De tierra cálida*. León, Talleres de J. C. Gardián, 1900; *El poema de la locura*. León, Tipografía de J. C. Gardián, 1904; *Ojo y alma*. París, Librería de la vda. de Ch. Bouter, 1908; *El alma dolorida de la patria*. Madrid, Tipografía de Pueyo, 1909; *La vida en mí*. Barcelona F. Granada y Cía., 1913; y *Canto la misión divina de la Francia*. Managua, Talleres Nacionales, 1919.

Antologías: *Parnaso nicaragüense*. Barcelona, Editorial Maucci, 1912, compilación de Alberto Ortiz; *Nicaragua lírica*. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1937, por I. Augusto Oviedo y Reyes; *Índice de la poesía centroamericana*. Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1941, por Rafael Heliodoro Valle; *Poesía nicaragüense (Antología)*. Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1948, por María Teresa Sánchez; *100 poemas nicaragüenses*. *El Pez y la Serpiente*, Managua, Núm. 4, enero de 1963; y *Nueva antología de la poesía nicaragüense*. Managua, *El Pez y la Serpiente*, 1972.

Estudios sobre el autor: Rubén Darío, "Santiago Argüello" en *Semblanzas*. Avila, Biblioteca Rubén Darío, s.f.; y Jorge Eduardo Arellano, "Revisión crítica de Santiago Argüello, *La Prensa Literaria*, Managua, 21 de mayo de 1967.

GERMINAL

El horno de abril. En la hoguera
se abrasan los llanos. Extiende
sus velas el pájaro y hiende
los aires. Resopla la fiera.

El horno de abril reverbera,
y se oye zumbar: es el duende
que fuegos eróticos prende.

Después, la gentil Primavera
su espeso cabello prendido
con regias coronas. El nido
renueva las notas del coro.

Rosal lujurioso se cubre
de rosas. Da leche la ubre;
la espiga, mazorcas de oro.

HABLA SAFO

(Fragmento)

¡Oh, vírgenes de Lesbos! . . . ¡Adoradas
y encantadoras vírgenes! ¡Vosotras
prendéis en el fanal de mi pupila
esa vívida lumbre de las diosas!
¡Qué fulgentes los ortos de mi dicha
cuando es veo venir; cuando radiosas,
el perfume esparcis de las praderas;
cuando, a su paso, vuestros pies enfloran;
cuando bajan en densas espirales,
del cabello, las víboras, que enroscan
sus anillos de seda en vuestro cuello:
esas ávidas víboras, que flotan
como oscuros afluentes del Cocito
o cual rayos de una alba esplendorosa,
buscando sobre el seno palpitante
la miel de Hymeto en la colmena roja!
¡Athis divina! ¡Que se encienda mi alma
en la risa de luz que hay en tu boca,
y que es rayo auroral que va jugando
en los pétalos frescos de una rosa!
¡Que me envuelva tu pelo rubio, como
un aureo manto real! Y que a la sombra
de tu pestaña crespá, Amor encienda
en tus célicos ojos tus auroras,
en tus ojos azules como el Actium,
y como el Etna ardientes . . .
¡Tú Anactoria,
que enloqueces mi mente! ¡Tú, el ensueño
del alma ambicionado! . . . ¡De tu boca
riega sobre la mía la cascada
de tus ignicos besos!

¡Venid todas,
 bellas hijas de Pira! . . . ¡Ven, Cyrina,
 la del mohín lascivo! . . . ¡Ven, Andrómeda!
 ¡Timas, Nais . . . volad! ¡Volad! ¡Que escancie
 la madre del Amor en nuestras copas
 sus embriagantes vinos! . . . ¡Que se tiñan
 los auríferos bordes, y las rosas
 de vuestros grasos labios encendidos
 ensangrientan la tez de sus corolas!
 ¡matadme, delirantes! . . .
 ¡Ven, Corina;
 hazme que pruebe de tu piel sabrosa!
 ¡Ponme borracha de deleite! . . . ¡Déjame
 con mis sedientos labios en la copa!
 Y tú, mi Cydno, ¡mi adorada Cydno!
 ¡Blanca como el plumón de la garzota,
 como la espuma que envolvió a Citeres
 en pañales de tul! . . . Ya la zozobra
 de nuestras gratas expansiones íntimas
 me agita el corazón, e hirviendo, azota
 mi sangre las arterias. ¡Haz que sea,
 por el amor, mi sangre abrasadora,
 mar de oleaje bravío, mar de lava
 que se estrella en sus cárceles de roca,
 y levanta vorágines, y escupe
 a los cielos la espuma de su cólera!
 ¡Llegad presto, queridas! El deseo
 con sus puntas eléctricas me toca.
 ¡Me parece que os tengo entre mis brazos,
 que vuestras carnes con mis carnes rozan,
 que un aliento caldeado me enloquece,
 en un pujante resollar de forja,
 y que son vuestros senos pebeteros
 do eróticos perfumes se evaporan!
 ¡Volad, hijas de Zeus! . . . Que ya siento

calcinarse las frases en mi boca;
 mi lengua se entumece, y es mi labio
 un páramo. ¡La angustia, sudorosa,
 me aprieta el corazón, tiembla en mis carnes,
 me estruja la garganta y me sofoca!...
 ¡Venid a refrescar este desierto
 de mis áridos labios con las pomas
 húmedas de miel de vuestros pechos!
 Que vuestras carnes, en sus tibias combas,
 cual los poros sutiles de los pétalos
 dan al insecto su embriaguez de aromas,
 me dan a mí su seductor perfume...
 ¡Toda la esencia de sus flores todas!
 ¡Todo el dulce rocío de sus cálices!
 ¡Todo el grato licor de sus corolas!
 ¡Y dormirme, ebria ya!... ¡Siempre soñando
 con otro goce más!... Que me aprisionan
 otros brazos mejores, y otros ojos
 más fúlgidos me queman... ¡Y en las ondas
 del piélagos supremo, en los arrullos
 del abrasante amor, sentir ansiosa
 la divina epilepsia del deleite,
 con avidez frenética de loca!...
 ¡Venid! ¡Que ya mi cefidor desciende!
 Mi túnica está suelta; ya pregona
 la pasión delirante!... ¡Me parece
 el mareo sentir de vuestras rondas,
 oh, lúbricas hetairas!... ¡Vuestro pelo,
 en víperina contorsión, retoza
 en los rápidos giros de la danza...,
 y las sedañas vestes en la alfombra...,
 y la gloriosa seducción sin velos
 que vuestros regios cuerpos aureola...,
 y los senos recónditos, que emanan
 arábicas esencias voluptuosas...,

y los besos que sangran . . . , y las sangres,
embriagantes, dulcísimas y rojas . . . ,
y la estrechez gratisísima . . . , y el lánguido
desmayo de la dicha enervadora . . . ,
y el hondo frenesí que al reino vuela
donde tiene el delirio su corola! . . .

CANICULAR

Pasa el Dios. Nuestro Padre el Nilo pasa...
su lenta cauda de cristal desliza
como en felpa recóndita, y se irisa
con el pausado andar. Un sol de brasa

cae sobre él torrencial: un sol que arrasa
y echa soplos de fiebre en cada brisa;
un sol que anega en sueño la sonrisa
de cada loto azul. El Dios se abrasa.

Y en esa hora de siesta, y a la vera
del vasto lecho de sopor del Nilo,
con las fauces abiertas, cual si fuera

dentada sierra en que relumbra el filo,
inmóvil, cerca de una datilera,
bosteza bajo el sol un cocodrilo.

EL MARTIRIO DE SANTA AGUEDA

Para Doña Emilia Pardo Bazán:
nobleza de sangre y de talento.

IV

Desnuda está, temblando, entre paganos,
ante ese pueblo que su hiel destila;
que, al romperle la estola con las manos,
le desgarró el pudor con la pupila.

Tiembla como una corza sorprendida;
sobre el seno desátase las trenzas;
recoge los andrajos, como égida,
y se cubre con ellos las vergüenzas.

—¡Ya eres mía y de todos! ¡Ya en mi mano
tengo ese cuerpo que a mi amor subyuga!—
Y, apretándose el ceño de Quinciano,
se ve el ojo brillar bajo la arruga.

—Aun pudiera ceder... ¿Quieres?... ¡Contesta!
—ruje Quinciano con su voz de trueno—.
Si es tan grande ese Dios que fe te presta,
que te venga a cubrir tu Nazareno!—

Ni le mira la virgen, ni responde;
sólo aspira a ocultar, arqueando el cuello,
el seno tembloroso que se esconde
bajo la suelta red de su cabello.

Y oye la voz de un ángel que pregona:
—No temas los martirios de esa hiena!
Si la carne en el fango te aprisiona,
procura que te corten la cadena!—

—¿Qué importa al nido, en que tu pena exhalas,
el polvo vil con que salpica el suelo,
si tu alma, el cisne de las blancas alas,
se alista ya para tender el vuelo? . . . —

—Basta —dijo Quinciano—, te detesto!—
Relampagueó la sangre en su mejilla;
al hambriento chacal le robó el gesto
y le gritó a sus gentes: —¡La cuchilla! . . . —

—¡La garganta! . . . No, no, que la garganta
deja escapar la vida! . . . En ese lleno
vaso de miel que mi delirio encanta!
¡Cortad allí, sobre el botón del seno! . . . —

Aproxímase a ver. El brazo, ahora,
cruzado, esconde la impaciencia suma;
y la rabia impotente y bullidora
borda en los labios su festón de espuma.

—¡Piensa en tu madre! . . . —la inocente clama—.
Con esto que me arrancas te dio vida!—
—O me curas la herida que me inflama,
o me bebo tu sangre por la herida!

Llega el martirio al fin. Se hunde, sedienta,
la cuchilla en el seno con que topa;
y, entre arroyos de púrpura sangrienta,
se ve caer la palpitante copa.

Baja al vientre la sangre torrentosa
—grumo rojo que, abierto, se desgrana—
como un vino bullente que rebosa
sobre el blanco cristal de porcelana.

La virgen, en los labios sonrosados,
al peso del martirio, el diente clava;
y el dolor, en los labios torturados,
comienza en grito, y en plegaria acaba.

Y delira. Ve a Cristo, a su cordero,
que rompe ya los torturantes lazos;
que sus brazos desprende del madero,
y la estrecha amoroso entre sus brazos.

Y ella las orlas del ensueño toca;
y, como alba entre sombras, que se irisa,
en la noche doliente de su boca
se va abriendo el botón de una sonrisa.

Luego, piensa en Horacio, humana fruta
para su lengua humana! ¡Su delicia!
Que iba a hacerla cruzar la áspera ruta
sobre el ala fugaz de la caricia!

Su esposo de la tierra, a quien, mañana,
iba a dar de su cuerpo la presea:
sus contornos elásticos de Diana
y su ardiente perfil de Citerea.

Y entonces, una lágrima indecisa
se vio caer de su pupila vaga.
Cruzando el labio, se llevó la risa;
rodó en el pecho, y se perdió en la llaga . . .

ELEGÍA QUINTA

*Solo, sin esperanzas, se lamenta
en el bosque.*

Río que pasas llorando,
río del acento blando,
si ella no se mira en ti
¿para qué te quiero, di,
río que pasas llorando?

Flor azul de la ribera,
si yo ansiaba que algún día
en su corpiño te viera,
¿de qué sirves, hechicera,
si para *ella* te quería,
flor azul de la ribera? . . .

Paloma de pardas alas,
que entre las plumas del nido
tus quejas de amor exhalas,
echa tu canto al olvido . . .
¡Que ya no escucha su oído,
paloma de pardas alas! . . .

¿Para qué alumbras el monte,
luz que en el éter destellas,
si solo está el horizonte? . . .
Si no he de buscar sus huellas,
¿para qué alumbras el monte? . . .

Como rezando por mí,
en las montañas desiertas
volar los vientos oí;
y un susurro de hojas muertas,
como rezando por mí . . .

SACA MIEL.

Abejita de la vida,
si el vergel
te da su rosa encendida,
saca miel.

Mas si tu mano halla en él
lo que amarga o deja herida,
de la espina o de la hiel,
abejita de la vida,
saca miel.

NUNCA, NUNCA, NUNCA...

Yo me senté en el camino
a esperarla, y nunca vino.
¿Por qué sería? No sé.
Nunca he sabido por qué.
no vino.

Me acuerdo: la mañanita
sopla; mi cuerpo tiritita;
entre los árboles viejos
la ví venir, a lo lejos...
Y se fue la mañanita;
y ella perdióse a lo lejos,
¡y nunca vino a la cita!

Nebulosa estaba y fría
la mañana en que la ví.
¿Por qué hasta mí no vendría?
Tal vez el astro del día
se tragó las nieblas y...
tal vez se la tragaría...

Y así siempre. Cuando vaga
mi pupila por el monte,
y al verla venir, se embriaga
de ilusión, del horizonte
surge el Sol, y se la traga.

Y me quedo en el camino
pensando: ¿Por qué no vino?
Ella venía, venía...
Yo no sé por qué sería
que no vino.

LLEGO EL INSTANTE DE LAS PROFECIAS

I

¡Llegó el instante de las profecías! ...
¡Despierta, Jeremías!
¡Sal del santuario lírico, Ezequiel!
¡Haz que tiemblen tus cuerdas, Isaías!
¡Israel, Israel,
llegó el instante de las profecías! ...

II

Llegó el instante! Y, pálido, el Poeta
canta —¡canto de Dios!— lo que está escrito
¡Pueblo, temblad! De vuestra angustia el grito
eco será del treno del Profeta:
¡que ojo de Vate es sonda de Infinito!

III

¡Temblad, sueltos rebaños!
Ya el lobo de los ímpetus hurafíos
tiñó su bello en sangre de pastor.
¡Tiemblen vuestras lujurias salomónicas,
pueblos dormidos, hijos del Señor!
¡Ya está roja en las fraguas babilónicas
la argolla de Nabucodonosor!

IV

¡Llegó el instante de la profecía! ...
La tierra tiembla. Está la noche fría.
Bajo la nube mueren las estrellas.
Ya en el templo sin fieles no extasía
el armonio coral de las doncellas ...
¡Llegó el instante de la profecía! ...

V

¡Oh, sangre de mi sangre, Raza mía! . . .
Porque al Señor tu Dios dejaste, El
te ha dejado también en tu patria.
¡Israel, Israel,
llegó el instante de la profecía! . . .

VI

Raza mía, te veo
en el mercado infamador, trofeo
de ojos que pasan sobre tí, sensuales,
macerando tus rosas virginales
en la humedad hirviente del deseo.

VII

Tus rebeldías caen —tal en la era
un deshojar de pétalos de flores—;
y se ve, como lágrima postrera,
la fuga de tus últimos pudores
en la curva temblar de tu cadera.

VIII

¡Y es porque habéis idolatrado! Y entre
las hambres de Moloch, vuestro decoro
echásteis, como leños, en el vientre
que honras devuelve en vómitos de oro.

¡Y por el oro moriréis! El lloro
no lavará las pústulas del oro.

Y en vuestro labio enjuto
la sed habréis. La glutinante fragua
de vuestra lengua implorará sin fruto
la bondadosa caridad del agua.

IX

¡Oh Raza, idolatraste! . . . Un Dios propicio
la sangre bebe en ti del sacrificio.

X

¡Y porque idolatraste, el que en tí fie
será protervo para siempre! Implora,
que hay quien, tu voz al escuchar, se engríe.
Si Amor, el dios abandonado, llora,
la voz del Odio en los abismos ríe.

XI

Pueblo sin Dios, tu báculo es guadaña;
tu agua lustral es sangre; tu Custodio,
Rencor. Viste al hermano, ardió tu saña,
sangraron tus pupilas, y en la entraña
le hundiste el hierro ante el altar del Odio.

XII

Y entre el canto de lívidos creyentes
—rugir de tigres o rumor de gentes—,
torvo, anhelante y pálido y exhausto,
fuiste a ese altar —¡puñal entre los dientes!—
con la entraña fraterna en holocausto.

XIII

Y porque al Odio sigues, los vestiglos
te echarán en sus lomos, y los Séres
del Mar te morderán el vientre. ¡Ya eres
maldito, por los siglos de los siglos! . . .

XIV

Y porque ha muerto el Ideal, la Raza
perecerá también! Humo de grasa,
como un incienso, al idolo se va.
¡Perecerá la Raza!
¡Perecerá! . . .

XV

¡Han cortado las barbas del Patriarca!
¡Barca de mercaderes es la barca!
¡Perecerá, Señor, perecerá! . . .

XVI

¡Perecerá! ¡No sabe
ni en dónde está la llave
del ancestral Santuario!
¡No sabe dónde está! . . .
Ya rechina la herrumbre del osario.
¡Perecerá, Señor, perecerá! . . .

XVII

¡La mácula se ensancha!
¡Sangre de puercos mancha
el ara de Jehová!
¡Sangre de puercos vuestros lienzos mancha!
¡Perecerá, Señor, perecerá! . . .

XVIII

¡Que este pueblo de ególatras no sienta
en él la vida de la especie! . . . Ignora
que en gotas de rocío el mar alienta;
que en la perla que cálices decora
germina fragmentada la tormenta.

XIX

Esa Raza no sabe
que el trueno se hace con arrullos de ave.

XX

Ese arenal no sabe que pudiera
surcar con alas de esplendor la Esfera,
y en vez del grano que la espuma toca
ser sol de sangre o luna de alabastro.
No sabe que en la arena está la roca,
y en la roca está el astro.

XXI

Son pueblos como Górgonas en lidia,
del hilo patriarcal desengarzados:
pueblos sin redención, pulverizados
en las trituraciones de la envidia.

XXII

¡Perecerá, Señor, perecerá! . . .

XXIII

Porque la arena es débil y está sola;
porque se acerca ya
la perfidia capciosa de la ola,
¡perecerá! . . .

XXIV

Porque la roca escueta
que resiste los impetus de Noto
a otros impetus no resistirá;
porque ya en las entrañas del Planeta
se presiente el crujir del terremoto,
¡perecerá, Señor, perecerá! . . .

XXV

¡Porque la arcna en roca
nunca se tornará!
Porque aun la peña, cuando tiembla, es poca,
¡perecerá, Señor, perecerá! . . .

XXVI

Pero, ¿por qué, Señor? . . . Quizá en la noche,
oculto, un rayo de la luz dormite!
Tal vez haya algún "¡Lázaro, levántate!"
que al pueblo resucite.

XXVII

¡Fuera dable a mi ser, de aliento pleno,
trocar la noche en día! . . .
¡Como una hoz en rosas de veneno,
poder segar con luz la profecía
y entre mis labios sepultar el treno! . . .

XXVIII

Pueblos, cachorros del cubil ibero,
¿queréis que el amor el esquilón os ponga? . . .
Raza del trovador y el caballero,
si habéis sido león en Covadonga,
¿por qué venís al Ande a ser cordero?

XXIX

¡Pueblos! ¿Qué se hizo el indio de las plumas
heroicas e indómitas? . . . ¿Las razas
hermanas de los cóndores y pumas? . . .
¿Dónde está el Cuauhtémoc de las cien vidas,
que reclinaba su silencio en brasas
como en lecho de rosas encendidas? . . .

¿Dónde está ese indio del tormento mudo?
¿Dónde está ese vigor que reverencio?
¿Que ni la llama del brasero pudo
el cerrojo fundir de su silencio, . . .

XXX

¿Por qué tornas sumisa la esmeralda
de tus ojos, jaguar? ¿A qué el regalo
de cuello uncido y de curvada espalda?
¡Desgarra las vergüenzas de tu falda,
y límpiate el carmín, Sardanapalo!

XXXI

¡Pero no! ¡Que la yáciba está impura!
Hay cien Dalilas de mirada oscura,
y están cerca las torres de Dagón.

¡Ya ha triunfado el impúdico himenco!
¡Ya le sirven de alfombra al filisteo
los cortados cabellos de Sansón! . . .

VERITAS?...

Entre aquel bosque insano,
húmedo y frío como una cisterna,
va apoyado en su báculo el anciano
buscando una verdad, con la linterna
que le tiembla en la mano.

Cansado va y sin fe. Se para, mira...
y siempre, nada. ¡El bosque está vacío!...
—¡Haz que encuentre siquiera una mentira,
que ya es hallar una verdad, Dios mío!

Hay en el bosque muchos niños. Lleva
cada uno su verdad alegremente.
Y, al reverso de cada verdad, nueva
verdad que dice a la verdad, que miente.
El viejo tiembla. El sol enfermo. Nieva.

Se sienta y dice: —El bosque está vacío:
es la verdad, que la verdad no existe—
Se pone a cavilar su desvarío;
y luego exclama con acento triste:
—¿Y si es mentira esa verdad, Dios mío?...

ELLA TENIA UN PAJARITO

Ella tenía un pajarito.
Era un encanto con
su alegría y sus alas tan rubias, que
cuando abría las alas, amanecía el sol.

Ella tenía un pajarito.
Ella le daba de comer
sobre su palma blanca y rosa.
Ella le daba de beber
poniéndose en los labios
una gotita de agua cuando tenía sed.

Ella tenía un pajarito.
Se acercaba a la jaula silbando alguna vez.
El silbido que daba
parecía de miel.
Y el pajarito entonces doblaba la cabeza.
o, al labio rosicler
acercando el piquito,
le bebía la miel.

Ella tenía un pajarito.
¡Eran dos: ella y él!
Los dos se amaban como si fueran dos hermanos
gemelos.
El peinaba sus alas con el pico
cuando ella con el peine peinaba sus cabellos.

Cuando los dos se hablaban,
¡cómo se parecían!
Labio que trina cuando habla;
pico que habla cuando trina.

Ella tenía un pajarito.
Y una tarde muy triste ella se me murió.
A ella se la llevaron, y al pajarito huérfano,
como ya no estaba ella, lo acompañaba yo.

Y otra tarde muy triste
el pajarito se murió también.
Y le besé llorando su piquito ya frío.
Y sentí que mi muerta se me murió otra vez.

LA PROCESIÓN DE SAN BENITO

(*En Nicaragua*)

La calle, salpicada de cera. Los chiquillos
trajilimpios otean de un lento pito el son,
cuando asoma el sudario y entre hileras de brillos
serpenteando en sombra viene la procesión.

¡Oh pito, sugestivo de olor de cera negra,
de *cautivos*, de *luces*, tocados de fustán!
¡Oh, pito melancólico que con tristeza alegría
los infantiles pechos que repicando van!

Y aroma el corozo;
y ríe de gozo
de estreno el rebozo.

¡Oh rebozo de hilo de modesta gracia!
O con gesto heroico que la barba enreda,
¡Oh la aristocracia
de la media seda!

Y pasa un olor
de geranio y de reseda
y de cofre de alcanfor.
Mientras gime el pito junto del tambor.

El tambor que suena
su solo llorón
cual si fuera pena
de la procesión.

El tambor enano
de parche marcial
que toca la mano
del indio ritual.

Y el tambor enano
va junto al sudario con su pito hermano
como dos inválidos que se dan la mano.

Y pasan y pasan y pasan . . .
miradas que rezan, miradas que abrazan . . .

La de ojos de feria que la calle adorna,
la que baja el párpado como la humildad,
y la que a los lados los ojos entorna
con un gesto oblicuo de curiosidad.

Y pasan y pasan y pasan . . .
miradas que rezan, miradas que abrazan . . .
mientras ritma el son
de la sacra marcha de la procesión.

Tras de cada santo viene un remolino
de atropellamientos y de ardor divino.

Unos que se empujan para ver mejor.
Otros, que no sienten sino su fervor.

El gemido, en tanto,
de los serafines,
tras de cada santo
fingen los violines.

Todos ven los santos con febril deseo,
los santos que a trechos se miran pasar
con su andar de palo, con su cantoneo
todo de una pieza, sin articular.

Y atrás... la Madona siguiendo sus huellas...
lustrosa de lágrimas, húmedos los hilos
crespos, de pestañas, en su angustia bellas;
en panoplia el pecho, con sus siete filos;
y en abismo el manto, con su mar de estrellas.

Y detrás de su pena,
sin un alma, una música deshilachada suena.

Lejos, como onda que rueda,
se oye la gente ruidosa,
mientras esta calle queda
silenciosa.

Que cual dos hermanos, el grito
y el dolor,
ya en otra parte asoma el pito
y el tambor.

Junto al sudario llora el pito
y tose a ratos el tambor.

Y el indio regordete y serio
con ritual gesto de misterio
y en la cabeza un lienzo tostado de algodón,
dice en su pito lento, con gesto de misterio,
que viene y la procesión.

LAXIDAD

Dulzura de sentirse llevar
por la vida como una corriente,
sin pensar, sin pensar, sin pensar...

Sentirse sobre un agua flotar,
dormido el ojo, el pecho, la mente...
sin mirar, sin pensar, sin amar...

Sentirse no sentir... blandamente...
y gozar la muerte, y vivo estar...
bajo el silencio de la pendiente...
sin hablar, sin hablar, sin hablar...

Dulzura de sentirse llevar
en sueños... melancólicamente...
sin hablar, sin hablar, sin hablar...